


XII Congreso Internacional de Administración

“La gestión y las nuevas competencias en un mundo de cambios constantes”

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 11 al 13 de noviembre de 2015

UN SIGNO INDESCIFRADO

“Focos y tendencias de la Administración en un mundo global”



**Consejo Profesional de
Ciencias Económicas – Ciudad
Autónoma de Buenos Aires**

ÍNDICE

UN SIGNO INDESCIFRADO

1. Resumen	Pág. 4
2. Introducción	Pág. 4
2.1. La pregunta como reencuentro con lo humano	
3. Desarrollo	Pág. 8
3.1. Mi pobre riqueza	
3.2. Un inquietante presente	
4. Conclusión	Pág. 21
4.1. En silencio, el encuentro enaltecido del pensar	
5. Bibliografía	Pág. 23

UN SIGNO INDECIFRADO

1. Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo poner de relieve la urgente necesidad de repensar el lugar de la administración en el mundo, con especial énfasis en su capacidad de resignificar las relaciones del ámbito público y privado.

A la luz del inquietante presente, se intenta, mediante el recorrido del camino desandado desde la fundación revolucionaria del hombre moderno hasta la configuración de la antropología contemporánea, desterrar la lógica económica oculta en cada uno de los grandes sucesos del devenir, haciendo especial hincapié en el protagónico papel que ha desempeñado la administración en la historia de Occidente, donde se ha dirimido, con hondura, el destino de la humanidad. Sus manos han sido decisivas en el delineamiento de la época actual, en el delineamiento de los conceptos fundamentales de la cultura.

Así, se intenta descubrir el auténtico desafío de la administración en nuestros días, que anida en el reencuentro con el hombre, en la capacidad de descubrir sus huellas en él, en la agudeza necesaria para indagarlo, comprenderlo e interpretarlo en el marco de la crisis internacional que sacude al mundo entero y en las postrimerías de un estremecedor siglo XX, silenciado por los avances científicos.

Más que nunca, el hombre es un signo indescifrado. Y “lo gravísimo de nuestra época grave, es que todavía no estamos pensando”¹.

2. Introducción

2. 1. La pregunta como reencuentro con lo humano

¹ Heidegger, Martin (2005). “¿Qué significa pensar?”. La Plata: Terramar. Pág 35.

“El preguntar ya no volverá a ser el mero paso previo hacia la respuesta, el saber, sino que el preguntar se convertirá en la suprema figura del saber. El preguntar despliega entonces su más peculiar poder de abrir lo esencial de todas las cosas. El preguntar obliga entonces a la extrema simplificación de mirar a lo absolutamente ineludible.

Tal preguntar quiebra el encapsulamiento de las ciencias en disciplinas separadas, las recoge de su dispersión, sin límite y sin meta, en campos y rincones aislados y expone la ciencia inmediatamente de nuevo a la fecundidad y a la bendición de todas las fuerzas de la existencia histórica del hombre, que configuran el mundo, como son: naturaleza, historia, lenguaje; pueblo, costumbres, Estado; poetizar, pensar, creer; enfermedad, locura, muerte; derecho, economía, técnica”.

Martin Heidegger, *Discurso del rectorado*

Históricamente, la *pregunta* por el hombre, aunque inherente al individuo por su condición existencial, pareciera haber permanecido a reserva de un selecto grupo de intelectuales y filósofos que dieron al pensar un lenguaje ajeno al común del gentío, laberíntico, en el diálogo sostenido a lo largo del tiempo.

Sin embargo, no sucedió lo mismo con la *respuesta*, que ha dado forma y contenido a la historia de la humanidad. El registro historiográfico despliega, junto a su lectura reticente, la incesante búsqueda de sentidos que ha emprendido el “*ser ahí*” arrojado al mundo sin reglas ni instrucciones. Afanoso e inquieto, el hombre ha respondido a su orfandad movilizándolo el destino de los pueblos, volviéndolos históricos en la genuina y peculiar dirección de su cosmovisión, sin indagar conscientemente, la mayoría de las veces, en aquellos cimientos primeros fundantes del devenir, donde la pregunta alcanza su plena apertura hacia el horizonte “esencial de todas las cosas”.

El preguntar, como ejercicio colectivo explícito, abordado de pleno con las facultades de la razón, ha ido cediendo lugar ante la primacía de la *praxis*, del accionar. Oculta pero presente, la pregunta originaria, puede extirparse de la materialidad consecuente, y así, reconstruirse las diversas perspectivas que han dominado la relación entablada del hombre consigo mismo, con el otro, y con la naturaleza.

En el fragmento citado como preludeo introductorio, Heidegger, plantea los estadios del pensar, dando a sus palabras, al igual que a su vasta y encumbrada

obra, un sentido de pertenencia epocal superlativo. No son, allí, casuales, ni el curso de retórica, ni los términos utilizados.

En 1933, húmedos aún los restos de la devastadora guerra, en la antesala de la que será aun más universal y espectacular, Heidegger decide, en su discurso de asunción del rectorado de la universidad de Friburgo, poner de relieve y a sometimiento del contemplativo pensar crítico, la instancia previa del saber, el *preguntar*, monopolizado ya por la racionalidad científica. Lo hace a través de un tan evocativo como interesante juego de palabras, de tiempo y Verdad.

Por aquel entonces, el paradigma instituido de la ciencia, bajo las premisas del progreso, parecía destinado a resolver los asuntos humanos, a ordenarnos y encaminarlos hacia el paraíso del *más acá*. Las *respuestas* de la ciencia, técnicas y autosuficientes, a diferencia de anticuarios modelos hegemónicos del pasado, no necesitaban del designio divino, ni del confuso vaticinio de la superstición, ni del arbitrio positivo de algún despótico poder para validar sus *soluciones*. Eran ya, definitivamente, la *respuesta* de nuestra propia historicidad.

Heidegger conjuga esta doble faceta de la respuesta como forma de enfrentamiento del hombre a su pregunta constitutiva y como forma de la ciencia para expresar y comunicar sus avances, con el fin de darle a su mensaje un efecto potenciado, trascendente, que permite a los destinatarios superar, en vuelo inteligente, la extrema literalidad de las palabras oídas.

Las respuestas científicas se erigían firmemente como el saber mismo, por el sustento de sus soluciones, por el fundamento de su *decir*, condenando a la *pregunta* al mero paso previo del conocimiento, capaz de guiar el abordaje práctico e interventor de la realidad. La matemática, la física, junto al andamiaje axiomático, destronaban así a los antiguos esquemas depositarios de la verdad del lugar del saber.

No obstante, mientras el acervo científico crecía disciplinado y exponencialmente, y los modelos matemáticos optimizaban su eficiencia, paradójicamente, aquí, todo permanecía problemático.

El hombre, inmerso en una severa crisis económica y social, marchaba hacia la puesta en escena más sangrienta y catastrófica de su inhumanidad. Al igual que Hamlet, con su intuición de que “algo huele a podrido en Dinamarca”² al olfatear el trágico trasfondo que esperaba en el detrás del telón; Heidegger, con maestría e inaudita visión, descifró, en vísperas de uno de los momentos más oscuros de la

² Shakespeare, William (2004). “*Hamlet*”. Longseller. Pág: 35.

humanidad, un cierto malestar en la cultura³, alertando a la comunidad sobre el peligro amenazante del andar Occidental.

El filósofo alemán denuncia, en el mismo discurso, que algo se ha quebrado, que nos hemos alejado del *inicio*, desviando el camino. Lejos de su origen, el hombre de Occidente no hace más que dar vueltas alrededor de sí mismo, perdido en medio del dominio de lo ente. La “*grandeza*” de aquel “*lejano mandato*” persiste, aún, entre nosotros, aguardando la escucha de su retorno, la vuelta del saber hacia la originalidad del preguntar. En sus propias palabras:

“El inicio es aún. No está tras de nosotros como algo ha largo tiempo acontecido, sino que está ante nosotros. El inicio, en tanto que es lo más grande, ha pasado ya de antemano por encima de todo lo venidero y, de este modo, también sobre nosotros. El inicio ha incidido ya en nuestro futuro, está ya allí como el lejano mandato de que recobremos de nuevo su grandeza”⁴.

Pero no era, sin embargo, tiempo para su oportuna escucha. Heidegger tuvo el genio de, embarrándose en su época, hablarle al porvenir. Sus contemporáneos no han podido apreciar la gravedad ni el justo tono de sus palabras. Les faltaba a ellos, todavía, historia.

“Como un poeta que se lanza en su poema más allá de su *propio tiempo* y presiente los *años de los pueblos*”⁵, la proeza de Heidegger nos llega, hoy, a nosotros con la templanza y convicción de cada nuevo amanecer.

A nosotros, como herederos cronológicos de la dialéctica histórica consumada, por el aquí y ahora. Y a nosotros, como profesionales en ciencias económicas, por nuestro protagónico papel desempeñado en la configuración del mundo. A nosotros, como aurora orilla de nuestro propio mar.

¿Y qué nos ha traído el mar, nuestro mar, con sus mareas y tormentas? Al hombre. Pero no a cualquier hombre, a nuestro hombre, al hombre resuelto, al del conocimiento técnico e instrumentado. A nuestra criatura, que se ha gestado con giro revolucionario de la modernidad y que ha crecido al amparo y bajo la guía de nuestro verbo.

He aquí el mayor desafío de la administración: encontrar en él lo que ha sido de nosotros, interpretarlo, comprenderlo, indagarlo, descubriéndose. Hoy, en el marco de la crisis internacional que sacude al mundo entero y en las postrimerías de un estremecedor siglo XX, silenciado por los avances científicos, más que

³ Freud, Sigmund (2010). “*El malestar en la Cultura*”. Madrid: Alianza.

⁴ Heidegger, Martin. “*Discurso del rectorado*”, 1933.

⁵ Holderlin, Friedrich (2005). “*A los alemanes*”. Madrid: Visor libros.

nunca el hombre es un signo indescifrado. Y “*lo gravísimo de nuestra época grave, es que todavía no estamos pensando*”⁶

3. DESARROLLO

3. 1. Mi pobre riqueza

“Nuestras víctimas nos conocen por sus heridas y por sus cadenas: eso hace irrefutable su testimonio. Basta que nos muestren lo que hemos hecho de ellas para que reconozcamos lo que hemos hecho de nosotros mismos”.

Jean Paul Sartre, Prefacio a *Los condenados de la Tierra*.

La rama económica ha influido con sumo determinismo en el delineamiento del hombre actual. Es por ello que le ha llegado, marcada por las señales gravitantes del llamado, la hora de enfrentarse con lo que ha sido del hombre en el *mientras* de su voz dictante; de enfrentarse a su propia criatura, que se muestra confundida, errante y taciturna.

Hoy más que nunca resuena entre nosotros, acechando, la *pregunta por el hombre*. Y hoy, más que nunca, le corresponde a las ciencias económicas en general, y a la administración en particular, indagarlo, descubriéndose.

Ya no bastan los postulados consagrados al recinto enconado de la teoría clásica, ni las innovaciones de sus novedosos enfoques. Resultan insuficientes ante la complejidad del entramado humano vigente; ante la delicada crisis que lo habita. Ya no logran penetrar en lo esencial de la oportuna interpretación, ni concebirlo acabadamente. El hombre y su realidad reclaman un nuevo y auténtico *preguntar*.

El rol fundamental que ha protagonizado la ciencia económica en el destino de Occidente, radica, principalmente, en la dominante participación en el proceso de conformación de la sociedad actual, en la arquitectura de sus relaciones sociales y políticas. Así, se ha entrometido en el tendido mismo de los lazos que el hombre ha enervado con el otro, con la naturaleza y con las cosas; reflejando, en su sentido y contenido, cómo se concibe a sí mismo y cómo percibe su lugar en el mundo y en la historia.

⁶ Heidegger, Martin (2005). “¿Qué significa pensar?”. La Plata: Terramar. Pág 35.

Tal ha sido su injerencia, que nuestra sociedad, a la luz del devenir histórico, podemos afirmar es *esencialmente* económica.

La justificación de esta tesis nos obliga a remontarnos a sus orígenes, siendo imprescindible comenzar por el quiebre acaecido con el surgimiento de la modernidad y su revulsivo giro ontológico, que ha sembrado el camino de las posteriores revoluciones francesa e industrial. Fenómenos cruciales, ambos, para el horizonte de nuestra cultura, a partir del cual la sociedad comienza a exhibir nítidamente su silueta.

La voz del sujeto moderno, que nace con el pensamiento de Descartes en el aura del siglo XVII, ha resuelto, *racionalmente*, posicionarse como centro del universo y hacedora de la historia. La lógica cartesiana sintetizada en el afamado “pienso, luego existo”⁷; llegaba, revolucionariamente, a un mundo decidido a poner fin a largos siglos que han dado nombre a la denominada Edad Media. Una incipiente era florecía, con el hombre erigido en personaje medular de la realidad, dejando atrás el papel de reparto de su antiguo libreto.

Así, las dos creaciones fundamentales del antropocentrismo, principalmente europeo, han sido: desde el plano político la creación del Estado moderno y desde el ámbito del conocimiento la irrupción explosiva de la ciencia.

Las consecuencias en el orden práctico, o *praxis*, recaían, por aquel entonces, principalmente sobre el Estado; que ya no sería el lugar donde la polis, a través del funcionamiento orgánico de sus partes, alcance el bien común, tal como lo fue durante la Grecia clásica.

El Estado se trata, ahora, de una construcción humana, derivada de un doble pacto contractualista: de asociación, por una parte, consistente en la decisión libre e individual de aceptar un sistema de normas destinado a reglar la conducta de los hombres; y, por el otro, un arreglo de sumisión al poder público, instaurando una autoridad monopólica encargada de vigilar y castigar las conductas que atentan contra el ordenamiento emanado.

El hombre, consciente de la amenaza que representa su propio estado de naturaleza en la posibilidad de convivencia pacífica dentro de la comunidad, racional y voluntariamente decide restringirlo, cediendo parte de sus libertades a una fuerza pública con poder normativo y de coacción, capaz de garantizar el cumplimiento de sus libertades restantes en un clima de paz.

El proceso político, del que quizás sea Tomas Hobbes, con su célebre *Leviatán* como el gran tratado de filosofía política, el pensador más representativo,

⁷ Descartes, René (2006). “*Discurso del método*”. Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.

se denominó “*consenso de los súbditos*” y dio origen al paradigma *iusnaturalista* moderno, siempre animado por el dualismo basilar que descansa en su trasfondo: el derecho natural por un lado y el derecho positivo por el otro.

La conciencia de la ignominia, inherente a la naturaleza humana, y el miedo como pasión política consecuente, obliga a los hombres a renunciar a su estado de naturaleza pleno, construyendo intersubjetivamente pautas sociabilizantes universales, gobernadas por una autoridad competente, y con miras a aspirar la convivencia pacífica y el goce de la libertad, necesarios para la supervivencia y la realización humana.

Se trató de un contrato entre los sujetos privados para viabilizar la vida en común. Es decir, de un Estado tecnificado, instrumentado, que surge como resultado de las voluntades libres e individuales que, luego de investigar y medir el movimiento natural, opera en la mecánica social, socavando una porción menor de su libertad para gozar de la parte mayor.

El campo político y su materia se tornan, así, como nuevo objeto y destino de la reflexión y construcción humana. La sociedad civil no está presente en el estado de naturaleza originario, sino que el movimiento civilizatorio es fruto del accionar irruptivo del sujeto colectivo. El Estado es una producción histórica, una obra racional, teleológica, “un hombre artificial de mayor robustez que el natural, para cuya protección y defensa fue instituido, en el cual la soberanía es un alma artificial que da vida y movimiento al cuerpo entero”⁸.

Tal como pueden explorarse, cuantificarse y anticiparse las leyes de la naturaleza, mediante la representación geométrica-matemática del movimiento, cuya madre es la física de Galileo; la legalidad del movimiento político, que deviene en la constitución de su entidad, puede medirse y calcularse a través de la observación y el estudio experimental de las fuerzas causales.

La física mecanicista es replicada en el orden social, desde la técnica, donde conocer científicamente implica la identificación de las causas y el pronóstico de los efectos producidos.

Así, el *otro*, no obstaculizará el camino de los sujetos privados hacia la maximización del interés personal. Racionalmente, la vida pública es recreada en aras de sembrar las condiciones necesarias para que los agentes privados optimicen sus beneficios sin interferencias ni ineficiencias.

La otra criatura moderna radica en el despertar de la ciencia. A nivel del conocimiento, liberado ya de sus correlaciones prácticas y morales, el hombre se

⁸ Hobbes, Tomas (2004). “*Leviatán*”. Buenos Aires: Losada.

propuso *desencantar* la naturaleza, sometiéndola a un nuevo paradigma racional: el científico. “Dios ha creado el mundo matemáticamente” decía Galileo a los ojos del academicismo de su época.

Los principios racionales, genuinos de mente humana, deben ser aplicados para descubrir el misterio del mundo. La naturaleza, desterrada de su trono, será objeto, ahora, de los esfuerzos cognoscitivos del actor principal de esta nueva era: el hombre. El desplazamiento de las consideraciones cualitativas a manos de la cuantificación, la observación y la medida, la experimentación, da lugar al surgimiento de las corrientes empiristas, positivistas, y diversas teorías del conocimiento que, ancladas en el modelo de la ciencia, respondían a las nuevas necesidades del hombre. La especialización y el disciplinamiento del saber se convirtieron en consecuencia inmediata de su puesta en marcha.

La fenomenología del modernismo encuentra en la convergencia de ambos *sucesos*, íntimamente vinculados, su punto de inflexión en la historia, su acontecer. El tránsito hacia un conocimiento tecnificado, y la nueva estructura política en el seno de la organización social, se instrumentan como herramientas con la que cuenta el hombre para hacer de la tierra el terreno fértil del *progreso*, concepto crucial para los siglos venideros.

La ciencia económica cumplió una función muy importante tanto en la creación del Estado moderno como en la exacerbación del conocimiento científico, llegando a convertirse, en siglo XX, en la protagonista principal de la escenografía, donde la literatura política no puede concebirse escindida de la económica y el desarrollo de toda ciencia no económica es guiado por su nodriza, la economía.

Los grandes acontecimientos de lo que Hobsbawm denomina el “siglo corto”, como fueron las crudas contiendas mundiales que impulsaron las economías desarrolladas de la mano de la industria de guerra, los movimientos fascistas, alemán, italiano y español que transformaron la realidad política y social de Europa; la gran depresión que azotó hondamente a EEUU para luego propagarse, en un claro indicio de la fuerte dependencia e interconexión económica y financiera que comenzaba a generar la globalización; las vanguardias artísticas que convulsionaron revulsivamente el mundo del arte a principios de siglo; la guerra fría, campo de batalla contenido que enfrentó en el plano potencial a los representantes de las ideologías en boga de la época, capitalismo versus comunismo; la división internacional del trabajo que progresivamente disgregaba a dos mundos bien diferenciados: el desarrollado y el subdesarrollado, dando lugar a los países centrales y a los de la periferia; los derechos sociales y sindicales del proletariado que de a poco poblaba las grandes urbes incipientes; están profundamente atravesados e impregnados de materia económica.

Puede entreverse en la significatividad de la cronología recorrida cómo las promesas del progreso han llegado al mundo de la mano de mejoras sustanciales en el bienestar material, con inefables transformaciones tecnológicas en los medios de producción y en los medios de comunicación y transporte, con avances importantes en el cúmulo científico, pero atormentadas por fuertes contradicciones.

Como claro ejemplo de las contradicciones endógenas del *progreso*, podría citarse el crecimiento intempestivo de la producción mundial alcanzado, plasmado en las espectaculares cifras que a continuación se citan, reveladoras ellas de las hacedurías y afanes del hombre del siglo XX, cuyo espíritu no es más que la agudización del inaugurado por la modernidad.

“(…) Ya antes de la primera guerra mundial, Francia planificó una producción de municiones de 10.000-12.000 proyectiles diarios y al final su industria tuvo que producir 200.000 proyectiles diarios. Incluso la Rusia zarista producía 150.000 proyectiles diarios, o sea, 4.500.000 al mes. No puede extrañar que se revolucionaran los procesos de ingeniería mecánica de las fábricas. En cuanto a los pertrechos de guerra menos destructivos parece conveniente recordar que durante la segunda guerra mundial el ejército de los Estados Unidos encargó más de 519.000.000 de pares de calcetines y más de 219.000.000 de pares de calzoncillos, mientras que las fuerzas alemanas, fieles a la tradición burocrática, encargaron en un solo año (1943) 4.400.000 tijeras y 6.200.000 almohadillas entintadas para los tampones de las oficinas militares. La guerra masiva exigía una producción masiva”⁹.

El descubierto instinto bélico como impulsor, pone en tela de juicio no sólo la integridad y sentido de los *logros* alcanzados, sino también a la enorme bibliografía económica de la época, dominada por los debates entre keynesianos y posturas capitalistas liberales, por la investigación operativa surgida con preeminencia en las unidades militares en el estudio de los tiempos y el movimiento, por las escuelas clásicas de la administración que responden con postulados racionales como la división del trabajo y la especialización y la producción en serie a los requerimientos de eficiencia y productividad, con Taylor, Fayol y Ford.

Las inhumanidades más inefables y calamitosas de las que hemos sido responsables no fueron un mero accidente, testigo de los frutos del progreso material. La línea que separa su relación con las causas y consecuencias resulta confusa y, por momentos, se pierde en la invisibilidad. El mundo se preparó para

⁹ Hobsbawm, Eric (2012) *“Historia del siglo XX”*. Buenos Aires, Crítica. Pág 47.

la guerra porque antes el hombre mismo había experimentado la suya y su entificación.

En la guerra, el hombre es un ente más, que mata y muere en cuantías desopilantes; en las fábricas y en su trabajo un operario mecánico y eficiente que produce más entes; en la ciudad un ente que consume bajo patrones de comportamiento guiados y estudiados por las investigaciones de mercado; en la vida política de las democracias liberales un “curioso abuso de la democracia”; en la ciencia económica un productor de conocimiento eficiente y técnico. El andamiaje exigido por la fabricación masiva fue racional y eficazmente concebido por los principios extraídos de la literatura económica.

Charles Chaplin en *Tiempos Modernos* ha puesto excelsamente en evidencia la directa y cruda relación de la administración del factor humano desde dentro del proceso productivo, teorizada como innovación tecnológica de la época eficiente, con la degradación de su humanidad desangrada inmersa en la gran maquinaria. Antropología económica, ontología del capitalismo sin escrúpulos.

La idea del hombre como engranaje del gran artificio fue receptada por las distintas esferas de la cultura: la cinematográfica con escenas épicas rimadas al son del nuevo tiempo, la literatura profunda con Jean Paul Sartre y aquel enigmático personaje de Nietzsche: Zarathustra, la filosofía con la escuela de Frankfurt, el pensar de la técnica y el olvido del Ser, la pintura y las artes plásticas de comienzos del siglo XX, las vanguardias, principalmente de la mano del expresionismo, impresionismo surrealismo y constructivismo.

Fue en vísperas de semejante catástrofe cuando murió Van Gogh, “el suicidado por la sociedad”¹⁰. Y después constatamos la muerte del mismo Artaud, no contentos con las 54.000.000 víctimas de la segunda guerra mundial. Aunque al fin de cuentas sea uno más de los estimados 187.000.000 que se ha cobrado la centuria. Otro curioso abuso de la estadística...

Ya en 1945, finalizando la segunda guerra mundial, Martin Heidegger celebraba una controvertida conferencia que será uno de los puntos más encumbrados de la obra del autor. No sólo por la agudeza de sus reflexiones sino por la significatividad del contexto en el cual irrumpen. El escueto título elegido fue “La Pobreza”. Philippe Lacoue-Labarthe nos ambienta recurriendo al relato pormenorizado del entorno que, en su descripción y a la sombra del particular momento de la historia universal, se va embriagando de simbolismo: “*La escena transcurre en el castillo de Wildenstein el 27 de junio de 1945(...) Desde marzo, y ante la amenaza de las tropas francesas que avanzan sobre Alsacia, se encuentra*

¹⁰ Artaud, Antonin (2013) “*Van Gogh: El suicidado por la sociedad*”. Buenos Aires: Argonauta.

refugiada aquí la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo (...) Se celebra (...) la ceremonia de clausura, o de despedida: se anuncia un breve recital de piano y, a continuación de ese preludio, una conferencia de Heidegger en la que se propone comentar una sentencia de Holderlin” . La elevada armonía del piano que antecede la reflexión de filósofo alemán contrastará marcadamente con la cita de Holderlin que habla a Occidente: “Entre nosotros, todo se concentra sobre lo espiritual, nos hemos vuelto pobres para llegar a ser ricos”. Somos ricos, aun entre estas ruinas que han devastado Europa. Hemos perfeccionado nuestros medios de producción, logramos, mediante el avance tecnológico, optimizar el uso de los recursos escasos, alcanzamos cifras cuantitativas inimaginables para nuestros antepasados, innovamos como ninguna otra época los medios de comunicación y transporte transformando la dimensión del tiempo y el espacio.

La sociedad moderna, a pesar de sus vicisitudes, sigue en camino del progreso. Por eso somos ricos. Pero... ¿a costa de qué esta inmensa e imponente muestra de nuestro poderío? Paradójicamente, de nuestra pobreza. Somos, cuando llega la noche y se apagan las luces, una sociedad que se encuentra con un tremendo vacío, que ha devorado la autenticidad del hombre, perdida en la masificación de lo Uno que por dondequiera impera desolado.

A tal punto ha llegado nuestra decadencia maquillada y simulada en el ruido las plazas y con las luces del mercado que Heidegger concluye:

“El peligro de la hambruna, por ejemplo, y de los años de escasez, si se considera en su totalidad lo propio del destino occidental, no reside de ningún modo en que muchos hombres pueden perecer, sino en que aquellos que se salvan no viven más que para comer a fin de vivir. La vida gira sobre ella misma en su propio vacío, que la asedia bajo la figura, apenas notada y a menudo inconfesada, del aburrimiento. En este vacío, el hombre se extravía. Se equivoca de camino sobre el cual aprender la esencia de la pobreza”¹¹.

3.2. Un inquietante presente

En las postrimerías del convulsionado siglo XX, quedan aún rastros fundamentales de la modernidad, agolpados en delicadas pinceladas que retratan al hombre de hoy, a nuestro presente, y que esperan ser pensados, tales como la globalización económica y del pensar, la entificación de lo ente y el redimensionamiento del tiempo.

¹¹ Heidegger, Martin (2006) “La pobreza”. Buenos Aires: Amorrortu. Págs. 115-117.

El cambio se ha instalado en el mundo con fuerza indescriptible, convirtiendo al tiempo, en velocidad. Voraz escenario, complejo, signado por la incertidumbre y guionado por la espectacular fugacidad de lo representado; donde las fuerzas que interactúan en la sociedad, incesantemente y en lucha con la vorágine reinante, bregan por encontrar su sitio, emprendiendo la búsqueda permanente de nuevos roles.

Otro interrogante que reclama ser pensado frente al estado actual del entramado sociológico, descansa en el delicado vínculo que mantiene la administración con el conjunto de la sociedad considerada en el marco de la gestación del movimiento, devenido con la modernidad e íntimamente correspondido con la proliferación de las ciencias económicas.

La explosión y dinamismo de la economía han sido rasgos basilares de la consolidación del capitalismo como régimen determinante de la fisonomía mundial, desde su aparición hasta nuestros días, erigido ya como protagonista monopólico del escenario globalizado. Su afincamiento como rector de la asignación de recursos, ha sido decisivo, bajo las banderas del progreso, en la estructuración del plano internacional; llegando, también, con igual preeminencia, a la configuración de la cotidianidad de nuestra sociedad, y en última instancia, al delineamiento de la *normalidad* del hombre contemporáneo.

La cosmovisión del hombre actual, su razón, se encuentran atravesadas por la racionalidad económica. Sus principios, postulados axiomáticamente y deducidos mediante arduos algoritmos matemáticos, explican pulcramente la eficiente solución a los asuntos humanos. No obstante, el hombre del campo de la técnica experimenta una angustia inaudita al encontrarse frente a una máquina que ya no sabe dominar, y que lo expone con mayor frecuencia a profundos aprietos.

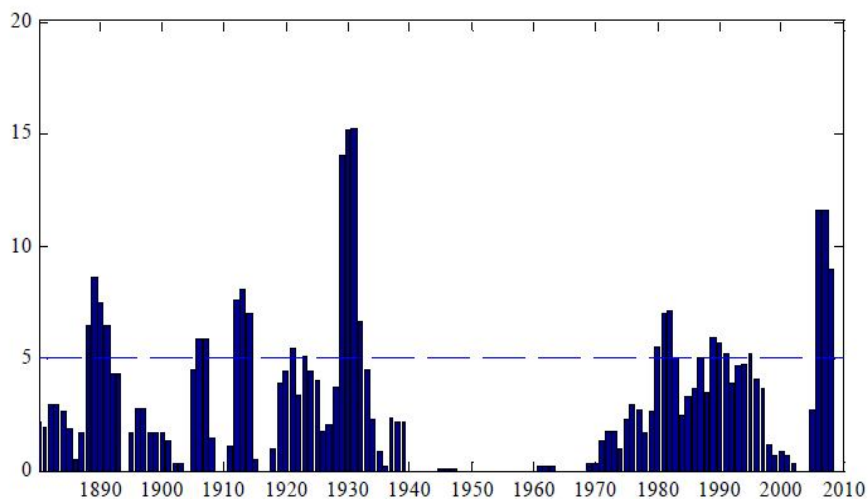
Con la economía mundial en crisis, con recurrentes amenazas a la paz internacional, con sistemas políticos resquebrajados y caídos en el descrédito de la ciudadanía, el individuo vaga junto al mundo, errante, en medio de una marea que lo sacude hasta las entrañas mismas de su esencia.

¿Qué partida debe, entonces, arriesgar la administración, tanto pública, por su trascendencia al ámbito político, como privada, por su cercanía a lo humano del hombre? ¿Cómo deben repensarse ambas perspectivas, ante la marcha ininterrumpida del gran engranaje, del que han sido artífices en el pasado, y que en la actualidad no hace más que evidenciar las heridas propiciadas al hombre desconcertado? ¿Y si “*nuestra era no es la de la técnica por ser la era de las*

*máquinas, antes bien es una era de máquinas por ser una era técnica*¹², cómo pueden replantearse, ante la crisis del gran marco dominado por la racionalidad técnica, las relaciones entre la esfera pública y el privada de la palabra y actividad humana?

Las secuelas de la reciente crisis financiera estadounidense, la mayor desde la fatídica gran depresión iniciada con aquel martes negro de 1929, que demandó un esfuerzo inconmensurable de la arcas públicas para salvaguardar el sistema monetario; la inestabilidad bursátil de los grandes mercados mundiales; los escandalosos rescates propiciados por la unión europea a naciones integrantes, coquetas con el abismo de sus esquemas fiscales que vivían por encima de sus propias capacidades y con tasas históricas de paro; la persistencia de importantes ponderaciones presupuestarias destinadas al financiamiento institucionalizado de la industria bélica; los numerosos casos de corrupción que aquejan a los sistemas políticos de una gran cantidad de países, independientemente del hemisferio y continente; la reciente ola de devaluaciones acaecidas en las monedas del mundo emergente, con fuerte escepticismo en torno a la posibilidad de sostener el empuje y crecimiento mantenido por los países subdesarrollados en los últimos años, la caída del precio de los commodities y, en especial, el estrepitoso derrumbe del petróleo; ilustran pálidamente la precariedad y el arraigado clima de incertidumbre que se extiende a lo largo del planeta y que llega, en última instancia, a la cotidianidad misma del hombre.

Figure B.1: Weighted 3-period Moving Sum of Banking Crisis Frequencies: 1880-2009



¹² Heidegger, Martin (2005) “¿Qué significa pensar?“. Argentina, Terramar. Pág 31.

Figure B.2: Weighted 3-period Moving Sum of Currency Crisis Frequencies: 1880-2009

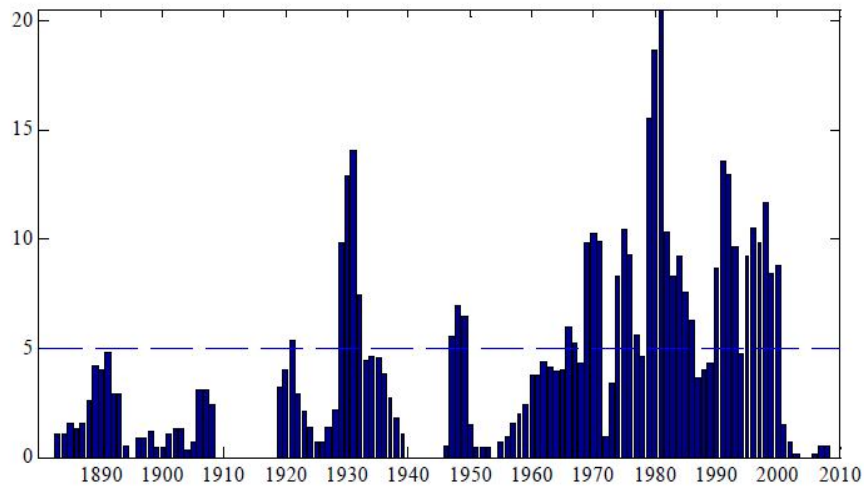
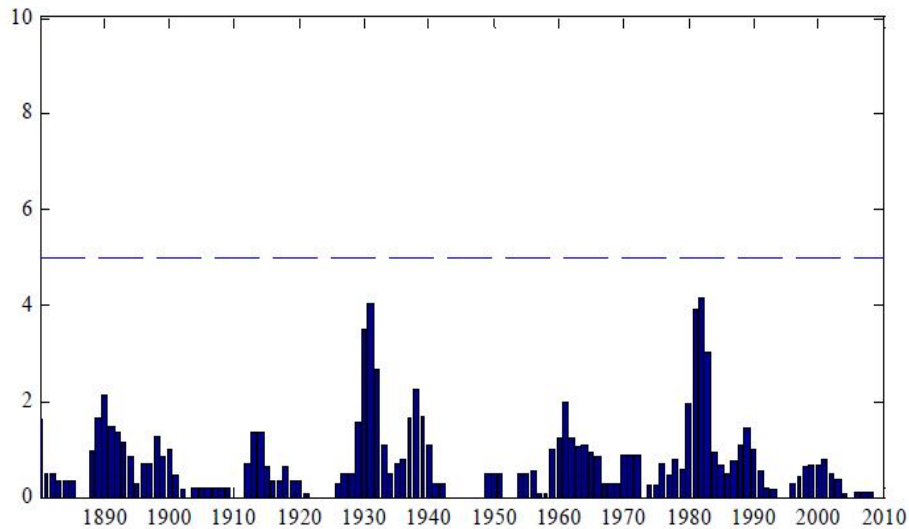


Figure B.3: Weighted 3-period Moving Sum of Debt Crisis Frequencies: 1880-2009



Fuente: Bordo & Lane, 2011

Los gráficos precedentes revelan el incremento en la frecuencia de las crisis financieras, provenientes del sistema bancario, con sus colapsos, corridas generalizadas, congelamiento de depósitos; de crisis cambiarias producto de la combinación, post Bretton Woods, de tipos de cambio fijos o semi-fijos en un

contexto de creciente interconexión mundial y mayor volatilidad de flujos de capitales; y por último las crisis de deuda pública que tuvo como epicentro en la década de los '80 a Latinoamérica y que aguarda el desenlace de la situación europea. Queda en evidencia la fenomenología, sin precedentes, de integración financiera, fruto de la globalización de los canales por donde fluye libre y guiado por el apetito de riesgo el capital; el impacto macroeconómico de sus movimientos en las hojas de balance exterior y los mecanismos de transmisión de crisis con situaciones de pánico bursátil y estrés posterior a los tsunamis disruptivos. Un claro ejemplo del trascendente impacto de la administración financiera y las políticas asociadas en la conformación de la fisonomía actual y su desembarco en la cotidianidad del hombre.

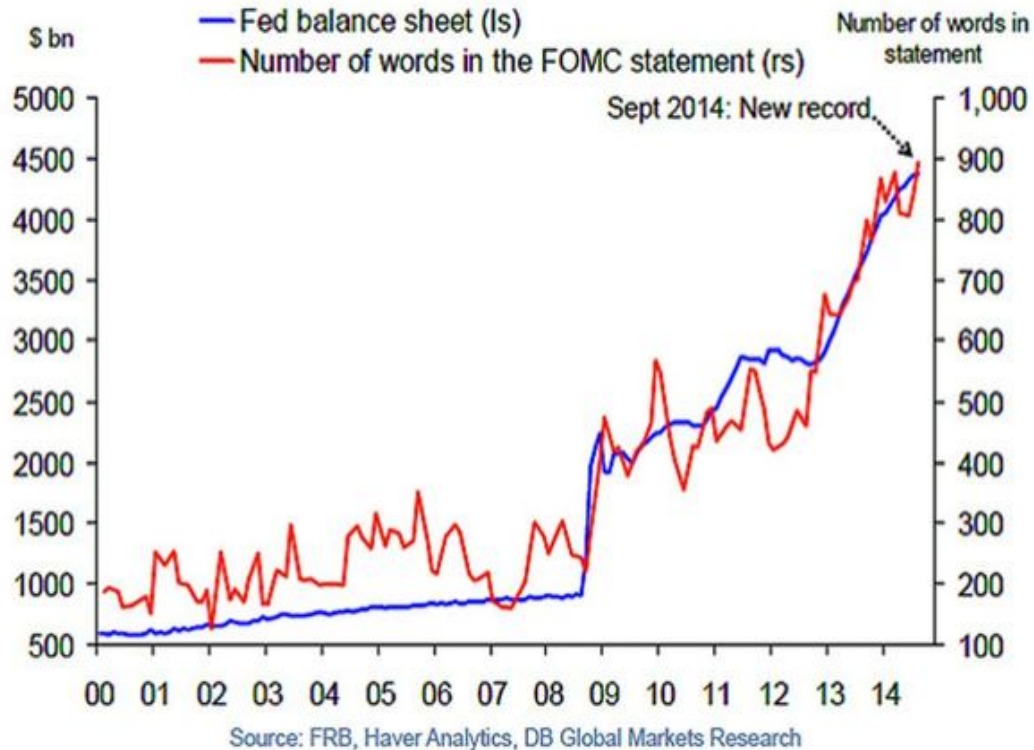
El siglo XXI, a pesar de los esfuerzos por la investigación operativa y el instrumental estadístico por predecir el acontecer futuro, vuelve a encontrar, otra vez, al hombre ante el miedo del mañana. Un hombre que quizás como el de ninguna otra época siente en carne propia el desasosiego de la soledad y la angustia existencial. En palabras de Borges, “hablo del único, del uno, del que siempre está solo”¹³.

¿No será ya el momento de un *nuevo* interrogante, lento, cuya novedad no arraigue en la efímera vigencia sino en la sagaz y penetrante dirección, sentida hacia lo más auténtico desde lo hondo de su reflexionar? ¿No son, los hechos relatados, signos del tiempo de aquella pregunta contenida que espera aún el lugar propicio para ser oída?

¿No pertenece a la ciencia en general, y a la económica en particular, emprender el pensar superador, integrando a través de la interdisciplinariedad de su llamado y en la revitalización de su olvidada capacidad de aprehender la realidad como un todo? ¿No corresponde a ella inquirir qué ha sido de su criatura, de la puesta en práctica de su palabra; examinar, en el marco de su función abierta y dialogante con la sociedad, constitutiva, que ha sido del *nosotros* en el mientras de nuestro tiempo? ¿Si la escasez, como concepto gobernante de los esfuerzos que agolparon la extensa biblioteca de literatura económica, se ha trasladado a otra dimensión, escabulléndose del inútil intento de la ciencia por apreciarlo en su justa magnitud?

La siguiente ilustración correlaciona el incremento en el número de palabras que contienen las minutas pronunciadas por la FED con el tiempo. Puede apreciarse cómo a partir de la crisis financiera de 2008, la tendencia muestra una explosión sustancial que pareciera retroalimentarse:

¹³ Borges, Jorge Luis (2009) Poesía completa “Tú”. Buenos Aires: Destino.



Síntoma de cuánto hemos degradado la palabra desde el ámbito económico. La administración pública, desde los anuncios de su política monetaria, debe recurrir a mayores explicaciones para intentar revalorizar su credibilidad. Será que ya no dicen nada, será que la relación entre la esfera pública y el ámbito privado se encuentra desgastada, degradada. El mundo necesita repensar la palabra que dialoga en la sociedad, fundándola, mediante el auxilio interdisciplinario debido a que no se trata de un mero ente más que circula en el mercado.

Aun corriendo el riesgo de encontrar la escasez en las entrañas de su ser con mucha mayor preeminencia que en el reino óptico de lo ente, la ciencia económica debe dar lugar a la escucha del llamado, del reclamo urgido de su mismas contradicciones. Los interrogantes resuenan aun con mayor fuerza en las orillas de la administración, como aquella rama de la economía que habita en las esferas más cercanas a la rutina e intimidad del hombre.

Federico Fellini ha mostrado con grandeza inaudita el peligro de la escucha tardía con la incapacidad del habla que inunda el silencio elocuente de los minutos finales de su gran *Dolce Vita*, un film donde la crítica a la sociedad de las luces domina la evocativa trama. Marcelo contempla, ebrio y ensordecido, en los ojos del estremecedor animal marítimo, atrapado en la arena, el vacío de su camino desandado.

Para exponer a la “ciencia inmediatamente de nuevo a la fecundidad y a la bendición de todas las fuerzas de la existencia histórica del hombre, que configuran el mundo, como son: naturaleza, historia, lenguaje; pueblo, costumbres, Estado; poetizar, pensar, creer; enfermedad, locura, muerte; derecho, economía, técnica”, resulta inevitable despertar el espíritu crítico del pensar, comenzando con la contemplación de nuestras manos, de nosotros mismos.

Vuelta la mirada sobre sus recientes pasos, la pregunta que inquiere por la esencia del “*ser ahí*” recobra la potencialidad necesaria de su apertura; convocando la asistencia del pensar reunido, reconciliado en el reclamo que aturde en cada rincón de silencio evocativo. Como un abismo se abre ante nosotros la resquebrajada estabilidad de la realidad, en la que vaga inmersa la humanidad del hombre. La precariedad en el trato de sus asuntos, postergan la palabra que espera ser oída.

La administración, en su concepción amplia y por su cercanía a lo cotidianidad del hombre, se encuentra, hoy, frente a la encrucijada de ambos estadios de la condición humana traídos a colación en el discurso vertebral de Heidegger, citado como prelude: el preguntar y la respuesta.

Por un lado, la unívoca y nítida respuesta que ha dado al hombre con su verbo, a la luz de su protagónico rol en la configuración de la escena antropológica contemporánea; y por el otro, la hondura del interrogante que urge del inquietante estado del hombre de nuestros días. He aquí la grandeza de su misión, la impronta de su empresa. Original, no por la inaudita novedad, sino por la reavivación del trasfondo fontal, donde el preguntar y la respuesta interactuaban, dialogando, para la puesta en práctica desde el dominio guía de los principios axiomatizados, de su materialidad histórica.

Henos aquí ante la cosecha de nuestra entusiasta siembra. Con desesperación refulge el detenernos a pensar; en la apertura del diálogo convocante, en consciente resistencia de la formación encapsulada, dando lugar al trascender alado y no al funcionamiento mecánico.

El hombre al cual se enfrenta la administración, se trata de un individuo sumamente complejo, contradictorio. Hijo de su tiempo, de su propia letra, perteneciente a una época que ha atestiguado el despliegue acabado de su racionalidad fundante, la racionalidad económica. Aquí radica el gran reto de nuestra disciplina: vernos en sus heridas, descubrirnos, comprendiendo el delicado entramado antropológico que descansa detrás del telón, para percibir, responsable e íntegramente, las necesidades del presente y dar, así, lugar a la cura justa.

4. CONCLUSIÓN

4. 1. En silencio, el encuentro enaltecido del pensar

*“Casas enfiladas, casas enfiladas,
casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados.
Casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
ideas en fila
y ángulo en la espalda.
Yo mismo he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, cuadrada”.*

Alfonsina Storni, *Cuadrados y Ángulos*.

Como conclusión, luego de haber recorrido la génesis y destino del hombre moderno, su fenomenología, íntimamente vinculada al acontecer económico de su organización política y social; se quiere resaltar la importancia de la genuina preocupación por hacer consciente y pensable el campo de la actividad económica en el marco de la historia universal del hombre, de su realidad más próxima y al amparo de su relación con el resto de las fuerzas configurativas de la perspectiva de mundo: “tiene que irrumpir, antes que nada, en nosotros la urgencia de preguntarnos no siempre ni solamente por entes, sino, alguna vez, algún día, por el Ser”¹⁴.

El desafío de la administración, en el marco de la escenografía mundial globalizada y signada por el cambio constante, importa la responsabilidad de emprender el camino de la integridad olvidada, comenzando por el reconocimiento de nuestra insuficiente capacidad para abordar unívocamente la acabada dimensión de la esencia humana que se muestra en nuestros días con una delicada complejidad.

“Cuando se haya conquistado técnicamente y explotado económicamente hasta el último rincón del planeta, cuando cualquier acontecimiento en cualquier lugar se haya vuelto accesible con la rapidez que se desee, cuando se pueda asistir simultáneamente a un atentado contra un rey de Francia y a un concierto sinfónico en Tokio,

¹⁴ Heidegger, Martin (1953) *“La verdad platónica”*: Escuela Filosofía Universidad ARCIS. Pág. 20.

cuando el tiempo ya sólo equivalga a velocidad, instantaneidad y simultaneidad y el tiempo en tanto historia haya desaparecido de cualquier ex-sistencia de todos los pueblos, cuando al boxeador se le tenga por el gran hombre de un pueblo, cuando las cifras de millones en asambleas populares se tengan por un triunfo... entonces, sí, todavía entonces, como un fantasma que se proyecta más allá de todas esas quimeras, se extenderá la pregunta: ¿para qué? ¿hacia dónde? ¿y luego qué?”¹⁵ .

Hace tiempo, los interrogantes aturden acechando la precaria estabilidad de lo real. La postergación de su contemplación representa un peligro para el destino de la humanidad en su totalidad. Está en nuestras manos el futuro y la libertad para hacer de ellas la jaula de un mundo mejor o la caricia de lo humano que regresa para rescatarnos de este laberinto entificado.

La apertura a otras formas del pensamiento es urgente, nos reclama. El punto de partida del diálogo sistémico debe empezar con el replanteo, auxiliado por la reunión junto a otras esferas del saber, de la relación entre el ámbito público y privado. Es allí el inicio, cuando el auténtico preguntar, interdisciplinario, de lugar a la refundición de sentidos y revalorización de significados, a la posibilidad de una nueva palabra dialogada, de nuevos roles y formas de asociación, de incumbencias compartidas. Frontera inestable, por momentos indivisible, que espera a la luz del inquietante presente, un imprescindible lugar en la agenda de nuestro pensar.

El reencuentro con el hombre, hoy más que nunca un signo indescifrado, espera en el horizonte; y somos nosotros quienes podemos dar el primer paso hacia él, mostrando nuestra pobreza, nuestras heridas, y nuestras víctimas. Sólo así, será considerado como algo más que un mero instrumento despojado en el destierro de la impropiedad y la humanidad podrá ser repatriada de su exilio, desde donde habita, hace tiempo, extranjera, a la sombra de la escoria. Mientras tanto:

“¡El desierto crece, ay de quien alberga desiertos!”¹⁶

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

¹⁵ Heidegger, Martin (2003) *Introducción a la Metafísica*: Barcelona: Gedisa. Págs.: 42-43.

¹⁶ Nietzsche, Friedrich (2006) *Así habló Zaratustra*: Buenos Aires: Terramar. Pág: 272

5. BIBLIOGRAFÍA

- Artaud, Antonin (2013) "*Van Gogh: El suicidado por la sociedad*". Buenos Aires: Argonauta.
- Camus, Albert (2009) "*El extranjero*". Madrid: Alianza.
- Freud, Sigmund (2010). "*El malestar en la Cultura*": Madrid: Alianza.
- Heidegger, Martin (2005). "*¿Qué significa pensar?*": La Plata: Terramar.
- Heidegger, Martín (2010) "*Arte y Poesía*". México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger Martin (2009) "*Carta sobre el humanismo*". Madrid: Alianza.
- Heidegger Martin. "*Discurso del Rectorado*", 1933.
- Heidegger, Martin (2003) "*Introducción a la Metafísica*": Barcelona: Gedisa.
- Heidegger, Martin (2006) "La pobreza". Buenos Aires: Amorrortu.
- Heidegger, Martin (2012) "*Ser y Tiempo*". México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric (2012) "Historia del siglo XX". Buenos Aires, Crítica.
- Nietzsche, Friedrich (2006) "*Así habló Zaratustra*". Buenos Aires, Terramar.